



LA CAJITA DE MADERA

La pequeña Ana temblaba de emoción. En sus manos, sostenía la cajita de madera que había encontrado esa mañana mientras jugaba en el arenero del parque.

—Seguro que es un tesoro que algún pirata ha dejado olvidado durante cientos de años — le había dicho su mamá.

—O quizás, sea un regalo de bienvenida que un niño, o una niña, de Ecuador ha dejado ahí para que tú lo encuentres — señaló su papá.

Ana miraba su cajita con gran curiosidad. A lo mejor, no había sido una niña,

ni un niño, ni un pirata, ¡sino un hada! El hada de las cajas de madera, famosa en el mundo de las hadas porque acostumbraba a guardar en ellas secretos mágicos que solo podían ser desvelados a niñas de cuatro años que se llamaran Ana. ¡Y ella tenía cuatro años! ¡Y se llamaba Ana!

¡Qué casualidad! ¡El hada de las cajas de madera había dejado una de sus famosas cajitas en el parque para que ella la encontrara! ¿Qué podría guardar en su interior? ¿Flores, nubes, tortugas gigantes, un arcoiris multicolor bien enrolladito, como una serpentina?

Ana se acercó la cajita al oído, por si en ella se escondía un duende del bosque que quisiera cantarle una canción. Pero el único sonido que escuchó fue el del silencio. Ana se acercó la cajita a la nariz, por si en ella hubiera un enorme pastel de cumpleaños, recién hecho, y pudiera aspirar su aroma. Pero el único olor que percibió fue el de la madera mojada por el agua de lluvia. Ana se acercó la cajita a los ojos, y la observó minuciosamente por si había alguna rendija por la que se pudiera ver los secretos que albergaba en su interior. Pero la única visión que tuvo fue la de ella misma, sentada en el césped, acariciando la caja con sus dedos.

—Si quieres descubrir lo que hay dentro, tendrás que abrirla — le dijo su mamá.

Ana puso la cajita sobre sus rodillas y la destapó muy lentamente.

De ella no salieron flores, ni nubes, ni tortugas gigantes, ni arcoiris

multicolores. Tampoco duendes, ni pasteles decumpleaños, ni secretos. ¡De la caja brotaron palabras! Quinientas palabras que salieron volando en todas direcciones, como si fueran alegres mariposas, palabras que surcaban el cielo, atravesando los rayos del sol, y buscando un lugar donde posarse y descansar para siempre.

Ana corría tras ellas, saltando, riendo y recogiendo con esmero cada una de las palabras que iban cayendo en sus manos.

—¿Qué te parece si, en lugar de devolverlas a la caja, las ordenamos y las guardamos en las páginas de un cuento? —Sugirió su papá.

A Ana le encantó la idea. Y así fue, como cada noche, antes de dormir, el papá y la mamá de Ana se acercaban sigilosamente a su cama y le leían este cuento mientras la pequeña cerraba los ojos y sonreía, feliz por el regalo que el hada de las cajas de madera le había dejado en el parque.

Para Ana del Río

Autor: José Luíz del Río
Institución: UNAE
Categoría: Docente universitario
Premio: Mención de honor